



Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XVII

San Salvador, C. A., Diciembre de 1962.

Número
177

ORIENTACION.

Contra la angustia moderna, la paz de Belén

Hagamos por esta vez un alto en el camino, una excepción en estas orientaciones. Una excepción para cerrar los ojos al exterior, a este mundo tan revuelto y mirar un poco serenamente a nuestro interior, a nuestro espíritu. Ese espíritu atormentado por tantos quehaceres cotidianos, por tantas ocupaciones materiales, por tantas —sobre todo— preocupaciones.

Dejemos por este mes nuestro esfuerzo constante por poner en guardia a nuestros lectores contra tantos peligros inminentes de orden exterior, contra tantas desviaciones de criterio a las que nos hallamos expuestos todos los que en nuestra sedicente "civilización" sufrimos la influencia inevitable del medio ambiente; dejemos de pensar por hoy en la manera de evadir tantos obstáculos, de sortear tantos escollos, para adentrarnos en esa región serena de la esperanza cristiana, región que se halla muy por encima de todas las pasiones humanas, región a la que no llegan —no pueden llegar— los vientos ni las tempestades de este mundo.

Si miramos un poco en torno, ¿qué es lo que vemos? Almas inquietas, desasosegadas, enfermos nerviosos, enfermos mentales. Este no duerme bien, aquel tiene desarreglos nerviosos, el de más allá padece de úlceras. Los médicos dicen que cada día aumentan en número esta clase de enfermos, débiles en el cuerpo, pero más débiles en el espíritu; que se sienten incapaces de superar esa angustia, ese temor por salir adelante en sus empresas, por triunfar en los estudios, o en la profesión, o en la vida; por perder una posición que creen se desmorona, por conservar una fortuna que mengua, por evitar el alejamiento moral de una persona querida.

Examinadas más de cerca tales actitudes hay que reconocer que tienen muchas veces un fundamento real, innegable, que explica esas depresiones, esos baches en las vidas de nuestros conciudadanos, que les hace manifestarse con un pesimismo negro acaso justificable, al menos hasta cierto punto.

Pero es que además esas dolencias, esas tribulaciones personales caen sobre un ánimo predispuesto al pesimismo por la actual situación de inestabilidad social, por las calamidades comunes a toda la humanidad, que dan la impresión

de un castigo colectivo a escala mundial. Como si Dios hubiera vuelto las espaldas a quienes se han empeñado, ellos primero, en prescindir en la solución de sus problemas de todo recurso a Dios.

A hacer más honda la desesperación de los mortales contribuyen además algunas causas específicas, fruto y resultado de la civilización moderna, sobre las cuales merece la pena detenernos un poco. Una de ellas procede de la facilidad con la que cada cual se entera de lo que sucede en el resto del mundo. Porque problemas graves que han inquietado a la humanidad siempre los ha habido. Pero con una diferencia. En tiempos pasados tan sólo eran conocidos los sucesos puramente locales. Hoy, en cambio, los medios de comunicación tan poderosos, al reducir las distancias, dan a todos los acontecimientos, aun a los del último rincón de la tierra, una repercusión mundial y con ello el hombre moderno ha visto cómo se iban engrosando enormemente el aluvión de noticias, las impresiones de todo género que recibe constantemente. Y como no ha conseguido anestesiar a proporción su capacidad de compadecerse de los males ajenos, como no ha conseguido levantar a proporción las defensas que protejan su espíritu contra este ataque brutal e imprevisto, se ve forzado a batirse en retirada, recibiendo en su huida un impacto superior a sus fuerzas, impacto que no sabe soportar como conviene y que acaba por hundirle en el pesimismo.

No sólo esto: hay otra razón que contribuye a agravar la angustia del hombre moderno. Y es que este conocimiento de cuanto bueno o malo sucede en el mundo viene coloreado, magnificado, agrandado, desorbitado hasta lo inverosímil, por esos tres torrentes de la propaganda que son la prensa, la radio y el cine-televisión. Y viene así porque no puede venir de otra manera. No hemos de olvidar (¡cuántas veces lo olvidamos!) que ese "conocer" nos llega a través de una industria, de un servicio organizado y rutinario. Organizado, no para dar la verdad monda y lironda, sino para hacerla lo más atractiva e interesante que sea posible. Y la máquina de la moderna propaganda juzga que esto no puede hacerse de otra manera que no sea acentuando todo lo impresionante, todo lo espectacular, todo lo sensacional, extrayendo de la noticia cuanto tenga de jugos fuertes que puedan forzar a todos y cada uno a comprar el periódico, a devorar su contenido y consecuentemente a llenar las arcas de las agencias de publicidad y de las salas de redacción. Lo mismo se diga de la televisión, del cine, los cuales no son mudos como antes, ni para entender sus mensajes hace falta saber leer, ni siquiera saber pensar; todo se lo dan hecho al "civilizado" mortal que tiene en su casa una de esas cajas de cristal, de las que salen constantemente imágenes y sonidos más o menos artísticos.

Por ello no es de extrañar que, en contra de la que era costumbre general en tiempos pasados, en los recientes haya ya muchas personas que prefieran tener un desayuno tranquilo, sin lectura del periódico, sin ruidos de programas musicales, dejando para un poco más tarde el enterarse de lo que se quiere sepa y ganar así al menos un par de horas de la mañana libres de sinsabores, antes de zambullirse por fuerza en ese mundo más o menos irreal que nos tiene preparado la industria de la noticia y que hemos de aceptar, querámoslo o no.

Porque si sólo fuera lo desacostumbrado, lo insólito, lo que se nos sirve (recuérdese la anécdota atribuida a Mark Twain de que decir en un periódico que un perro ha mordido a un hombre, eso no es noticia, pero si lo es el decir que un hombre ha mordido a un perro), tales noticias harían menos daño, pero lo que se pone de relieve es siempre lo que más puede debilitar nuestra paz interior, la paz de nuestro espíritu: los avances del comunismo, las amenazas a escala mundial de tal o cual honorable delincuente, el peligro de que la guerra estalle aquí o allá, o que de fría se torne caliente, la crisis económica de tal o cual país, el creciente desempleo de tal otro, que si los precios suben en espiral, que si el hambre aumenta, que la criminalidad también... En fin, un verdadero cerco de temores y sobresaltos que, a admitirlos todos como ciertos, habría que llegar a la conclusión de que la vida (no sólo vida tranquila, sino el "vivir" sin más) se va haciendo físicamente imposible en nuestro planeta.

Lo triste del caso, sobre todo, es que estas causas evidentemente secundarias, no debieran ser capaces de producir la desconfianza en las filas cristianas, y que si la producen, ello es debido a otra razón mucho más grave, sobre la cual queremos llamar la atención de nuestros lectores: la pérdida de la paz interior es consecuencia directa del abandono, de la pérdida de la fe, en los cristianos.

Al saludable temor de Dios, se sustituyen los angustiosos temores a los hombres. A la oración a Dios, los amuletos y las adivinatoras. A la falta de fe

en la providencia divina, el recurso desesperado a la providencia de los cañones y de los cohetes anti-bombas. Pero a la paz cristiana... no hay nada que la sustituya. Y por eso la angustia crece y seguirá creciendo, mientras no nos decidamos a volver al punto de partida, o sea a una vida de mayor fe, de mayor caridad, de mayor amor mutuo y amor a Dios Nuestro Señor.

Porque la fe nos dice que el hombre es un "peregrino", un caminante cuya patria está fuera de los límites de este mundo, sentimiento éste que se halla muy conforme con la misma naturaleza humana, la cual si la estudiamos en sí misma nos muestra también su condición temporal, lábil, mudable, que es hoy y mañana no parece.

El hombre es un caminante, pero un caminante que no está creado para la muerte, como asegura la angustiosa filosofía existencial, sino para la vida, cuyo peregrinar terminará en una dulce morada "hecha por Dios eterna en los cielos" como nos asegura S. Pablo (2 Cor, 5, 1-2). La fe añade que esta consecución de la eterna bienaventuranza tiene para el hombre carácter de premio a los esfuerzos de su caminar. Que el mundo y cuanto en él se contiene no son su fin, sino que ha de servirse de todo ello en tanto en cuanto le puedan ayudar a su peregrinar hacia el cielo, peregrinar trabajoso pero sin desesperanza, arduo pero no imposible para quien avanza apoyado en las promesas divinas.

Y ya que nos hallamos en tiempos navideños, volvamos los ojos hacia la cueva de Belén y contemplemos por unos instantes esa escena sublime de paz y de amor que en ella se nos muestra. Contemplemos a la Virgen Santísima con aquella su modestia en el rostro, aquella su belleza celestial, aquella luz, suavidad y alegría que irradia en su derredor, como exhalan las flores su aroma, contemplemosla —digo— aceptar la incomodidad de aquel establo tan poco confortable que la providencia divina les ha preparado para que nazca en él el Rey del Cielo. Veámosla más tarde huir con S. José a Egipto, país enemigo y lejano, para evitar así que el Niño Jesús caiga en manos de Herodes, sin ocurrirle protestar de que Dios no hubiera tomado para lograr este fin otro medio más sencillo y menos molesto para ellos. Esta fue la paz del portal de Belén, ésta fue la paz del destierro de Egipto. Esta fue la paz de la Sagrada Familia, de aquellos seres a quienes Dios más ha amado en este mundo.

Pero advirtamos en una cosa: Esta paz de los santos esposos no fue paz exenta de incomodidades, no fue una paz exenta de privaciones, ni de humillaciones, aunque eso sí, recibidas con absoluta conformidad, reconociendo en todos estos acontecimientos la providencia divina y descansando confiados en la voluntad de Dios. Porque es un error suponer que la providencia ha de velar de tal modo sobre sus escogidos que ningún mal les pueda suceder, cuando la realidad es que Dios deja obrar a los hombres como si no tuviera en cuenta el bien de sus escogidos. Aunque, por otra parte, conoce todas nuestras necesidades, y por amarnos como Padre, no permitirá que ni un cabello caiga de nuestra cabeza sin su permiso, y dirigirá suavemente todas las maquinaciones de nuestros enemigos de modo que salga de ellas un mayor bien para nosotros.

Es necesario admitir que la paz del cristiano no puede ser esa paz muelle, exenta de contradicciones, no. El cristiano ha de aceptar en su vida esa actitud paradójica de vivir alegre y vivir perseguido, vivir en medio de un torbellino de sufrimientos y persecuciones externas y conservar al mismo tiempo la paz interior. "Bienaventurados los humildes, bienaventurados los que sufren, bienaventurados los pobres, bienaventurados los perseguidos" —ha dicho Jesucristo Nuestro Señor—. Y si ha ofrecido constantemente la paz a sus seguidores, ha tenido buen cuidado de añadir que su paz no es como la paz que da el mundo, ya que los que buscan la paz en su seguíimiento han de tomar su cruz para poder caminar en su compañía. Y ésta es la razón y no otra que explica una frase de Tomás de Kempis: "Tu paz la hallarás en la mucha paciencia", y que muestran no haber entendido quienes se quejan —como a veces sucede— del peso de su cruz, exclamando: ¿qué he hecho yo para que Dios me trate de este modo?

Ahora bien: una vez aceptada esta doctrina, la paz, la alegría invade nuestro ser sin que sean suficientes a estorbarla todas las ansiedades y preocupaciones del mundo, como se ve evidentemente en los santos, que se supone fueron los que mejor supieron conformar sus vidas con esta filosofía divina.

Santa Teresa del Niño Jesús llegó a admitir que el sufrimiento se le había hecho dulce y que creía que lo iba a echar de menos en el cielo. San Juan de la Cruz escribía en sus rimas a lo divino:

Vino sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

Y San Francisco de Asís, a quien nada ni nadie pudo arrancarle su exultante alegría, explicó su secreto a su compañero de peregrinación Fray León con este extraño razonamiento: "Figuraos, Hermano León, que, al llegar nosotros a Santa María de los Angeles empapados por la lluvia, helados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del convento y viene el portero incomodado y pregunta: ¿Quiénes sois vosotros? Y diciendo nosotros: Somos dos hermanos vuestros, nos respondiera él: No decís verdad, sois dos bribones que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres; marchaos de aquí; y no nos abre, y nos hace estar fuera a la nieve, y a la lluvia, sufriendo el frío y el hambre hasta la noche. Si toda esta crueldad, injurias y repulsas las sufrimos nosotros pacientemente, sin alterarnos ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero conoce realmente nuestra indignidad y que Dios le hace hablar así contra nosotros, escribe, ¡oh Hermano León!, que en eso está la perfecta alegría".

Los santos no padecían angustia porque sabían que su existencia iluminada por la fe terminaría bien, pues eran llevados en las palmas de los ángeles, a quienes el Padre celestial los había encomendado. ¡Bendita filosofía cristiana, alumbrada por la antorcha de la fe, que de esta manera consuela a las almas y las eleva sobre todas las preocupaciones temporales!

¿Qué de extraño tiene que el Papa Juan XXIII insista cada año en su Mensaje de Navidad en la necesidad de que los cristianos nos apropiemos de la paz, de la paz de Cristo, que como el mismo Señor dijo a sus Apóstoles es distinta de la paz del mundo y que el mundo no puede dar sino sólo él? Paz y justicia, paz y unidad, paz y verdad, paz y bien, han sido los temas de sus cuatro últimos discursos navideños. Siempre la paz de Cristo. No nos extrañaría que también en el Mensaje de este año vuelva sobre el tema, ya que su necesidad no ha disminuido desde la última ocasión en que habló de ello.

"Oh bendita Navidad —exclama el Papa— encuentro de las almas sencillas e invitación a la purificación interior y a la bondad hacia todos, porque "se ha manifestado la benignidad y la amabilidad para con el hombre Dios, nuestro Salvador" (Tit. 3-4). "Qué necesario se hace clamar —añade el Papa— por el único remedio, que es recibir a Jesús de Belén, Cordero de Dios, venido para quitar el pecado del mundo, recurrir a su gracia y practicar su doctrina de misericordia".

El Papa contempla al Niño Jesús, admira su celestial sonrisa y oye "esa voz que viene de la cuna de Belén, irradiación de la bondad de Jesús, de la cual es El sustancia viva, fuente divina, y cuya gracia es magisterio universal de paz para todo el mundo". Voz que parece decir lo que después dirá a las turbas conmovidas: "Aprended de Mí la bondad —que se halla en la mansedumbre y en la humildad de corazón".

¿Qué bien se ha asimilado el mismo Juan XXIII, ese "humilde anciano", (como se ha llamado a sí mismo) esta doctrina del suave pero intenso optimismo! El Papa que, pese a su edad avanzada, no se deja abrumar por tantos acontecimientos como cada día requieren su atención, por tantas urgentes resoluciones que no admiten espera posible y que con todo no pierde su serenidad (diríamos hasta su fino sentido de humor). El Papa, que conserva esa placidez exterior, esa "bonhomie" que se ha hecho ya clásica en sus actitudes, y que refleja un espíritu remansado en la paz, siempre ecuánime, siempre tranquilo, como si los sucesos gravísimos a los que dedica su atención no le afectaran ni poco ni mucho es, debe de ser, un maravilloso ejemplo digno de imitar por los que no sabemos cómo soportar el peso de preocupaciones infinitamente menores.

"Vivid alegres en el Señor". "De nuevo os digo que os alegréis". Esta es la recomendación de San Pablo a los fieles de su tiempo, a quienes el mundo en el que les tocó vivir, no mejor que el actual, tanto maltrató y tantas persecuciones levantó contra ellos. Y este Santo Apóstol era el primero que practicaba de modo heroico esta doctrina, ya que para él no había nada ni nadie que le pudiera separar del amor de Cristo, "ni la tribulación, ni el hambre, ni las persecuciones, ni la muerte, ni la vida" y que por eso podía decir con verdad: "estoy lleno de consuelo y reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones".

Pidamos a S. Pablo también para nosotros, los atribulados de los tiempos actuales, aquella bendición que él pedía para los romanos, sus hijos queridos:

"Que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por virtud del Espíritu Santo".